

1/17256

MEMORIAS SECRETAS

Leg. 58

DE

ISABEL DE BORBON

por

UN TESTIGO OCULAR

SEGUNDA EDICION

.iii 2 REALES!!!

MADRID.

—
IMPRESA DE MANUEL TELLO

Isabel la Católica, 25.

1868.

MEMORIAS SECRETAS

DE

ISABEL DE BORBON

EN SU PRIMA EDICION

SEGUNDA EDICION

LOS REALES

DECRETOS

IMPRESA DE ANTON MARIANO

Calle de la Cebada, 27

1894

REG.
PAP.

1 ~~LIV~~
A-43

1/17256

MEMORIAS SECRETAS

DE

ISABEL DE BORBON

por

UN TESTIGO OCULAR.

SEGUNDA EDICION.

!!!2 REALES!!!



MADRID.

IMPRENTA DE MANUEL TELLO

Isabel la Católica, 23.

MEMORIAS SECRETAS

DE

ISABEL DE BORBON

por

UN TESTIGO OCULAR.

SEGUNDA EDICION.

Es propiedad y nadie podrá reimprimirla
sin permiso del editor.



!!! REALES!!!

MADRID.

IMPRESA DE MANUEL TELLO

Isabel la Católica, 23.

1888.

INTRODUCCION.

Si conocidos son de cierto número de personas los escandalosos hechos de que ha sido hasta aquí teatro el palacio de los caidos Borbones, creemos, sin embargo, prestar un verdadero servicio á la gran mayoría del país, mas ocupado en sus asuntos particulares que en los políticos, y que desconoce por completo las miserables intrigas palaciegas que hicieron un tiempo á España patrimonio de una vil camarilla, poniendo ante su vista, completamente desnudos, á los que ayer, usando de las mas santas palabras, arrastraban por el lodo nuestra noble nacion, haciéndola mudo testigo de los mas asquerosos y repugnantes crímenes.

No solamente nos mueve el deseo de que sean públicos los vicios de la caída dinastía, sino que nuestro principal interés es, que si alguna vez ésta se presentase á poner en litigio sus derechos ante el tribunal del pueblo, sepa éste á que atenerse y dé su fallo con exacto conocimiento de causa.

RAFAEL GONUZ.

INTRODUCCION.

Si conocidos son de cierto número de personas los escandalosos hechos de que ha sido teatro el palacio de los caidos Borbones, creamos, sin embargo, prestar un verdadero servicio á la gran mayoría del país, mas ocupado en sus asuntos particulares que en los políticos, y que desconoce por completo las miserables intrigas palaciegas que hicieron un tanto de España patrimonio de una vil camarilla, poniendo ante su vista, completamente desnuda, á los que ayer, cuando de las mas santas palabras, arrastraban por el fodo nuestra noble nación, haciéndola mundo testigo de los mas asquerosos y repugnantes crímenes.

No solamente nos mueve el deseo de que sean públicos los vicios de la caída dinastía, sino que nuestro principal interés es, que si alguna vez ésta se presentase á poner en litigio sus derechos ante el tribunal del pueblo, sepa éste á que atenerse y dé su fallo con exacto conocimiento de causa.

RAFAEL GOMIZ.

cando vergonzosamente sus derechos de esposo y consintiendo amores adúlteros á su propia vista, era el eterno conspirador del país, la mas poderosa influencia que en él contaba el neo-catolicismo, pues que aquellas concesiones que á su mujer otorgaba, no eran sino á cambio de otras en beneficio de los que durante siete años sostuvieron la fratricida lucha en favor de D. Carlos.

Concesiones mútuas entre ambos cónyuges eran éstas, que recayendo en favor del partido que tenia por sus mas preciados jefes al fraile y la monja, eran pagados por éstos, ya permitiendo á su señor y amo la entrada en aristocráticos y muy célebres conventos, donde alternaban amigablemente Dios y Venus, fundiéndose así en una sola las religiones cristiana y pagana, en medio del mayor júbilo de Paquita y las honestísimas esposas de Cristo; ya amparando á la *mas santa* de las reinas con el manto de la religion, y desviando de sobre su régia cabeza los rayos de la cólera divina, para que pudiera descansar y sin género alguno de temor, entregarse á sus deberes de..... esposa, madre y reina.

¡Pueblo, ahí tienes la síntesis de la historia del último de los Borbones!

Si no te enrojece *de vergüenza* el haberle consentido tantos años, si algun dia vuelves á doblar la cabeza ante su vergonzoso yugo, sufre tu merecida suerte! ¡Solamente son libres, los pueblos que quieren serlo!

II.

Ojeada retrospectiva.

Fuera pequeño espacio un volúmen in folio, para cumplirse cual debiera lo que el presente capítulo promete; así que, solo atenderemos á reproducir los hechos mas notables de la escandalosa vida privada de Isabel de Borbon, que tan trascendental influencia tuvieron en la marcha política del país.

Teniendo en cuenta lo que es el corazon humano y la fragilidad inherente al bello sexo, que fácilmente se deja arrastrar por sus pasiones, y principalmente por la mas fuerte de todas ellas, el amor, debemos mirar con indulgencia los primeramente platónicos y mas tarde eminentemente *prácticos*, de la entónces niña Isabel, con el que hoy ha contribuido mas eficazmente, con su valor y pericia militar, á derribarla de un trono cimentado con sangre y lágrimas, y carcomido por la podredumbre que á su alrededor hacinó la que en él se sentaba. De ninguna importancia fatal para la nacion fué esta amorosa aventura, pues solo dió por resultado un vástago real, y por consecuencia una carga mas para los pueblos, que tantas sostenian sobre sus hom-

bros, y un bofetoncillo que el *general bonito* aplicó sobre los régios carrillos, á causa de ciertos celos á que dió lugar un bello oficial de nuestro bizarro ejército.

De ninguna importancia hemos dicho que debíamos considerar esta aventura, y decíamos mal; pues así como tras del primer escalador de un muro acuden otro y otro, hasta invadir la fortaleza, de igual manera la señora, cuya vida ligeramente historiamos, dió principio con tan *poeticos* amores á la larga série de *dsbilidades*, cuyo último término ha sido el flamante ex-cocinero Marfori, interpolando otros varios galanes, de que en nuestra sucinta relacion nos ocuparemos á su tiempo.

Comprendemos perfectamente el sentimiento de nuestra *cara* ex-soberana, y las amargas lágrimas que al atravesar el Bidasoa derramaba. ¡Y como no sentir hondamente el abandonar los lugares en que tan dulces ratos pasó, en que tan agradables y *variados* placeres llegó á gozar, y en que tan grandes pruebas de *cariño* dió á muchos de sus vasallos, tratándoles hasta con mayor confianza que á su propio marido! Hay una frase, pronunciada por ella, que nos describe admirablemente lo que por su corazón pasaba en los últimos momentos de su estancia en España. Al presentarse el aposentador de palacio con gran parte de las alhajas reales y algunos muebles, le dijo Isabel de Borbon despues de examinarlos: «Te has ovidado lo principal, que es

el lecho en que tan dulces horas pasé otro tiempo, y que aprecio en mas que todo cuanto poseo;» y volviéndose á su *particular amigo* Marfori, le preguntó con acento sentido: «¿No es verdad Cárlos?»

¿Para qué relatar las mil aventurillas, que cual pasajeros meteoros, ó por mejor decir, como ligeros ordubres que entre plato y plato excitan el apetito, haciendo mas variados los manjares, servian de distracion á la mas *pu....* ra de las esposas, á la mas *amante* de las madres, á la mas *querida* de..... las reinas? Inacabable fuera esta tarea, y mas propia de la crónica que de la historia, á cuyo especial estudio nos consagramos en este momento. Dejamos por lo tanto á nuestros lectores que se lancen en el vasto campo de las suposiciones, concluyendo este artículo con una sola palabra: «Meditemos».

III.

Llueven bofetadas.

Era de noche.... y sin embargo no llovía, lo cual parece que está en oposición con el título de este tercer capítulo, aparente contradicción que mas adelante se explicarán nuestros lectores. Decíamos, pues, que en noche clara y serena, de ambiente tibio y embalsamador, y en una de las mas conocidas calles de la Corte, que si mal no recordamos se llama de Gitanos, una arrogante matrona, de encubierto rostro y varonil apostura, de ensanchado talle y robusto seno, paseábase con muestras de impaciencia, asomando de cuando en cuando su inquieta mirada por la esquina que da á la calle de Cedaceros. Acompañábala una esbelta dama, cuya nombre no ha sido posible averiguar á los mas buscados historiadores, aunque haya quien sospeche que su alcurnia era elevadísima, llegando otros, con censurable malicia, á hacer calumniosas indicaciones; la cual, con sus ademanes serviles, mostraba ser de inferior categoría á nuestra incógnita heroina. A pocos pasos de esta curiosa pareja veíase parado un modesto carruaje de alquiler, que

sin duda aguardaba á nuestras dos desconocidas,

Asomados á una ventana de dicha calle, y tomando, como suele decirse, el fresco, pudimos oír la conversacion siguiente, y presenciar los hechos que despues allí se sucedieron, proporcionándonos la casualidad el medio de poder dar hoy al público exacta cuenta de todo lo ocurrido.

—¡Infame, traidor, ingrato! decia la primera de nuestras dos damas. ¡Hacerme aguardar tanto tiempo; exponerme á que cualquiera de los que pasen llegue á conocerme y lo publique mañana por todas partes!

—Señora repuso con respeto la segunda, ¿está segura V. M. de que os citó á las ocho?

—Sí, lo recuerdo perfectamente. Además, ¿no sabes que esta es la hora acostumbrada?

—Teneis razon, señora; y no comprendo cual puede ser el motivo de su tardanza.

—Oh! Esto es una burla cruel, esto es inaguantable, esto merece un castigo terrible y lo tendrá; yo te lo juro!

Llegada á este punto la conversacion, oyóse el trotar de dos caballos; y un momento despues paró á la entrada de la calle, donde ocurría la escena que narramos, un elegante carruaje, de cuyo interior salió un airoso y gentil caballero, que lanzando una carcajada, verdaderamente mefistofélica, descargó sobre nuestra heroina una lluvia de bofetoues que, sucediéndose con increíble rapidez, no daban tiem-

po á la dama ni aun para exhalar una queja; hasta que cansado sin duda de tan bárbara tarea, retiróse exclamando:

—Ya llegó lo que aguardabas!!!

Y marchóse precipitadamente, sin que el estupor que se apoderó de nosotros, nos permitiera vengar tan indigno ultraje.

—Qué vergüenza, articuló débilmente la abofeteada, si nos llegan á descubrir! Huyamos y partamos en seguida hácia palacio, continuó arrastrando á su acompañante hasta la puertecilla del coche.

El monótono ruido de las ruedas de éste sobre el pavimento, nos dió á conocer que las ofendidas damas, habian ya partido, y nos retiramos á descansar, murmurando: «Meditemos.»

Al dia siguiente, díjose por Madrid, que un marqués muy conocido en la Côte, habia marchado la noche anterior para el extranjero, profundamente disgustado de la conducta que con él habia seguido su reina. Añadiáse por algunos, que cómplice de elevados amores y partcipe de secretas confidencias, habia evitado el tal marqués (valiéndose de un innoble ardid) cierta convenida entrevista amorosa, y abusado de la comprometida situacion de una señora que ocupaba el primer rango en la Nacion, vengandose de los últrajes sufridos poco tiempo hacia, y segun otros, de una rotunda negativa á sus exageradas exigencias.

dirigidas, era el primer perdido de los que pululan por las calles de la capital, que hacia gala de sus asportosas amores. IV. Los señores de aquellos sencillos papeles á quien para leerlos y que por sus servicios en palacio llegó á llamárselos

Cartas célebres.

Caido, como tantos otros, en la desgracia de su amante y aun, tal vez, por otro motivo que lo pa- Por demás lo fueron, y tales las considerará en su dia la historia, unas que para su poseedor y destinatario, lo fueran de crédito, realizando el cobro, en buena y corriente moneda entre los hijos de Albion.

Si el natural pudor, que aun el hombre mas corrompido no puede nunca deshechar, no nos lo impidiese, insertaríamos aquí algunas de ellas, cuyo lenguaje demasiado claro, excesivamente gráfico, detendrian seguramente al lector, obligándole á arrojar el libro al fuego.

Tienen, no obstante, á su pié, si aun existen, una firma que fué, hasta hace poco, árbitro de los destinos de nuestra desgraciada patria, y que hoy se busca con anhelo por todos para destruirla, porque es un sello de ignominia para los españoles que tan largamente soportaron tanta y tamaña degradacion.

Deseosos de evitar hasta donde nos sea posible el hacer uso de nombre alguno, solo diremos que aquel á quien las cartas de que hablamos fueron

dirigidas, era el primer perdido de los que pululaban por las calles de la capital, que hacia gala de sus asquerosos amores en cafés y casinos, mostrando aquellos súcios papeles á quien queria leerlos, y que por sus servicios en palacio llegó á llamársele el *pollo real*.

Caido, como tantos otros, en la desgracia de su amante y ama, tal vez sin otro motivo que lo pasagero de los caprichos de nuestra protagonista, fué á Londres á consolarse ó tal vez á librarse de las reales iras.

Cara es sobre manera en aquella gran ciudad la vida, y aunque recompensando espléndidamente, como todos lo han sido, por su elevada amante, el *pollo real* consumió pronto la inmensa fortuna que su querida habíale regalado, empleándolo en escandalosas orgías, que llegaron á hacerle notable entre los calaveras londonenses.

Necesitado de dinero para proseguir en tan miserable vida, é incapaz de buscársele en un pueblo eminentemente trabajador, recurrió á su capital natural, á la villanía, proponiendo á un venerable hombre de Estado, á Lord P..... la venta de aquellas cartas, que en otra época le dirigiera una mujer lujuriosa más que Mesalina.

Sincero amante, Lord P....., de la Monarquía, y lleno de dolor al ver una dama y una reina amenazada de la pública deshonor, pues que aquel canalla pensaba sacar á todo trance dinero de los

documentos que tenia, no regateó el precio, y comprólas en cinco mil libras. No tardó un instante el noble Lord en remitírselas á Isabel de Borbon, (sin leer su contenido), después de haberlas cerrado en un pliego y sellado, dándola cuenta de todo lo que con ellas habia ocurrido.

Llorando recibió este regalo Isabel de Borbon, pero no con lágrimas de arrepentimiento, sino con las de la ira y el corage que eran los naturales sentimientos de tan funesta mujer; con las de la impotencia para vengarse; que el chacal nunca podrá dominar sus instintos naturales, ni la hija de Fernando VII podia hacer otra cosa que dejarse arrastrar de los impulsos de su feroz corazon, como siempre hiciera su padre.

En que se trata de un Ingeniero y sus construcciones.

Ni la sublime ciencia de Arquímedes, ni los brillantes trabajos de Vauban, ni los adelantos que en tan importante ramo de los conocimientos humanos se han efectuado hasta el día, serán objeto de este capítulo, por más que su epígrafe autorice á nuestros lectores para creerlo así.

Más bajo, por no decir más rebajado ó más rastro, es el asunto que hemos de tratar, y creemos que todos los que lo lean habrán de entenderlo, por más que nunca hayan saludado la ciencia de los números.

Una parada en palacio, una comida cortesana, una mirada profunda y analítica á las formas de un ciudadano comandante, que llegaron á inspirar ardientes y lujuriosos deseos, un nuevo rorro mantenido por la nacion y..... y aquí deberíamos concluir, pues los hechos, con pequeñas variantes, siempre son los mismos: la única diferencia que entre ellos se encuentra, es el personaje, los episodios,

la esencia es una, el desenlace idéntico. Desear, conseguir, olvidar..... pero sigamos.

No sabemos que cambio hubo en la conciencia de Paquita, qué misteriosa trasformacion se operó en sus ideas, que lo que hasta allí habia creído deber tolerar, mediante la contratada recompensa, (dos millones por cada niño que se bautizase con su apellido), lo prohibió poco después de los acontecimientos que hemos empezado á historiar. Oposicion fué ésta, que ocasionó sérios disgustos á la *señora*, pues fué acompañada de amenazas, que de ser cumplidas hubieran puesto en grave peligro la honra, ya bastante gastada, y el trono de la nieta de Isabel la Católica. Tal vez esta modificacion en la conducta del *honrado esposo*, se debia al arrepentimiento del pasado bochornoso, á consejos de los santos varones que formaban su corte habitual, á una inspiracion venida del cielo..... tal vez, segun se llegó á suponer por algunos, á la condicion *sine qua non*, de una devota y hermosísima servidora del señor, instrumento del partido clerical, que pensaba que la mejor manera de servir á Dios, era derribando el ministerio O'donnell, sustituyéndole con Narvaez y el pandillaje moderado. Enigmas son estos, indescifrables para los pobres profanos, y ante los cuales, solo nos resta exclamar: ¡Misterios! ¡Misterios!

Calmóse la tempestad, cayó el ministerio Odonnell después de un celeberrimo baile palaciego, entró en el gobierno de la Nacion Narvaez, y cada cual en

palacio, se volvió á entregar gozoso á sus acostumbrados trabajos, y con preferencia al cumplimiento de aquella sagrada ley, *Crescite et multiplicamini*; y ya que en latín hablamos, y hemos hablado de ingenieros y de construcciones, añadamos: *Ecce Principus Alphonsus constructus*; y después..... después..... como según el vulgar refrán, donde no hay variedad no hay gusto, dejaron de *privar* los ingenieros, sin que por eso se suspendieran por un momento las construcciones, pues no faltando los instrumentos de construcción, ni el dinero para pagar los *trabajos*, que para eso estaba el país, elementos sobraban para construir; y como ya hemos dicho, no faltaron construcciones.

VI.

Un tenor y un cocinero.

Decíamos en el capítulo anterior, que en la variedad está el gusto; é Isabel de Borbon, que tanto, tanto quiso siempre al pueblo, guióse por el popular refran, escogiendo á sus adoradores, ya entre los rubios, ya entre los morenos, ya entre los militares, ya entre sus cortesanos, ya por fin, entre los que á la declamacion y al canto se dedicaban, y hasta á los que entre las hornillas y los guisos pasaron sus primeros años; lo cual nada tiene de extraño en la que tan aficionada era á los placeres gastronómicos, haciendo del arte culinario un especial estudio, como puede verse en su corta biblioteca, donde si no se encuentran ni las obras de nuestros autores dramáticos, ni las de nuestros primeros literatos y hombres de ciencia, no falta seguramente ninguna de las de cocina, que en Europa, y aun fuera de ella, se han escrito. No debemos asombrarnos de esto, pues la historia nos dice que la mesa fué uno de los principales cuidados que pesaron siempre sobre todos los Borbones; y nosotros podemos añadir, que consagraron sus desvelos al cultivo de la viña, por

ser esta uno de los mayores dones que hizo á la humanidad el santo Noé y no por otro motivo, aunque escusado era el decirlo, pues nadie desconoce la santidad de todos los individuos de tan *desgraciada* raza.

Cosas son estas que deben llenarnos de regocijo, pues siendo nuestra pátria la que mejores viros, viandas y demás productos bucólicos produce, á nosotros volverán los milloncejos que para su consolacion llevarónse en su compañía, Isabelita, Paca, Claret, Patrocínio y compañeros mártires.

Apesar de todos nuestros esfuerzos, no podemos menos, al llegar á este punto, de tomar el tono serio de la santa indignacion. Mientras que Madrid, azotado por la mas terrible de las epidemias, el cólera-morbo, se convertia en un inmenso hospital; mientras que los padres veian morir á sus hijos, y los hijos se quedaban sin padres; cuando los cementerios eran estrechos para contener los cadáveres que diariamente recibian en su recinto; cuando las lágrimas empañaban todos los ojos, y los oidos se hallaban cansados de oir gemidos; cuando la miseria, compañera inseparable de la peste, amenazaba á un pueblo entero, mostrándole una espantosa perspectiva, Isabel de Borbon, olvidando sus deberes de reina, de mujer, de esposa y de madre, burlándose cruelmente del pueblo generoso, que no solo consentia sus liviandades, sino que con su sudor y su sangre las sostenia, se entregaba en la Granja á los mas asquerosos placeres, recibiendo de un comedian-

te adúlteras caricias, riéndose insolentemente de las desgracias de sus vasallos, celebrando fastuosas fiestas en que se gastaban los millones que tanto trabajo y tantos dolores costaban al país empobrecido, bailando al compás de armoniosas orquestas, mezclado con el sonido de impuros besos, aturdiéndose en una continua orgía, y volviendo la cabeza despreciativamente cuando algún sincero amigo la hacía presente la angustiosa situación del pueblo que la vió nacer.

¡Y aun tiene la impudencia de quejarse á este pueblo sufrido y generoso, en su indecente protesta que solo merece el mas profundo desprecio! Oh! Júpiter, para cuando guardas tus rayos!

Pasó el tiempo y pasó tambien el comediante, como habian pasado tantos otros; porque el comediante, era para tan lúbrica mujer *demasiado decente*. Págole sus servicios, porque en esta parte debemos confesar que era espléndida, nació otro vástago, aumentóse la dotacion de la casa real y..... como debia esperarse, descendió del comediante al ex-cocinero, como habia descendido desde el *general bonito*, desde el hombre decente (si bien dominado por una pasión de jóven), hasta el comediante zarzuelero. Descendió tambien con el último intendente de palacio, desde los placeres que la naturaleza permite, hasta aquellos que atrajeron sobre Sodoma y demás ciudades malditas, la santa cólera del Señor (segun nos dicen las escrituras). No nos atrevemos á predecir los lími-

tes de tan repugnantes escenas; la mujer que hastiada del placer, llegó á violentar las leyes físicas naturales que al placer regulan, buscando satisfaccion á sus deseos hasta en la mujer misma, capaz de llegar es hasta lo inconcebible.

Partió ya de España; conócela el pueblo todo, y no debemos abrigar temor alguno de que tan inmunda criatura vuelva á infestar nuestro noble suelo. ¡Que Dios la compadezca!

voz ser de una edad que su temeraria agitación
y sus inciertas miradas se dirigían á todos lados.

parecía algo desesperada, como si no encontrase
lo que con tanta insistencia venía buscando. De pronto
to sale de aquella penosa situación, y se dirige con

gran rapidez.

para á gozar de las delicias de Terpsicore.
Su llegada fué como un rayo caído sobre el caos.

Isabel de Borbon tenia especial afición á estas diversiones, no porque la pasión la arrastrase á ellos, sino porque siendo infinitos sus adoradores, y sabiendo que no habia de faltar alguno, queria probarlos en estos devaneos, habiéndose llevado algunos chascos que á su real persona dejaba bastante mal parada.

De varios modos se han referido sus aventuras de baile; pero nosotros, haremos caso omiso de todas las que con mas ó menos carácter de verosimilitud corren de boca en boca para ocuparnos de una, cuya exactitud aseguramos, por haber sido testigos oculares.

Era una noche de martes de carnaval, y lo mas distinguido de Madrid, si en esto de llevar ricos vestidos consiste la distincion, se encontraba en el magestuoso salon del antes llamado teatro real. Su armoniosa orquesta preludiaba un wals arrebatador, cuando apareció en el salon una robusta y acostalada máscara, que apoyada en el brazo de otra, tambien encubierta y vestida de *beata*, parecia por su

voz ser de mas edad que su femenina acompañante.

Sus inciertas miradas se dirigian á todos lados, y parecia algo desesperanzada, como si no encontrase lo que con tanta insistencia venia buscando. De pronto sale de aquella penosa situacion, y se dirige con gran rapidez hacia una pareja que al parecer se disponia á gozar de las delicias de Terpsícore.

Su llegada fué como un rayo caido sobre el caballero que se aprestaba por algunos momentos á rendir culto á la diosa que presidia la fiesta. Repuesto de su aturdimiento, que era grande, no por él, sino por la que con tanta osadia se presentaba en aquel sitio, con riesgo de ser conocida y de quedar muy mal parada su dignidad de..... acercóse á ésta.

Pero al parecer importaba muy poco á la dama ser conocida, cuando le dirigió la palabra y se separaron ambos á punto en que habia muy poca gente, siguiéndoles muy de cerca la compañera de la dama, y quedando en su sitio la pareja del caballero.

La conversacion duró pocos minutos, y no debió ser muy dulce á juzgar por el fatal resultado que tuvo, y por los monosílabos y palabras sueltas, poco edificantes por cierto, que en el curso de la conversacion pudimos oir desde el lugar en que nos hallábamos.

El fin fué trágico; despues de todo puso la mano en la gruesa dama y cayó al suelo la careta que cubria su redondeada y amoratada cara, y pudo conocerse en aquella figura á Isabel de Borbon. Su acom-

pañante, rápida como el relámpago, y dando un rugido de cólera parecido al de un leon, colocó en un segundo la careta en su lugar, desapareciendo ambas súbitamente.

Nuestros lectores saben ya quién fué la protagonista de aquella comedia, y desearán sin duda saber quiénes eran los otros que tomaron parte en ella; pues bien, él era un afamado cantante zarzuelero que logró fijar las miradas de su ilustre querida en cierta conocida zarzuela, más propia para lucir las perfectas formas que las dotes vocales, de que, segun las crónicas, ocupábase muy poco la que hoy es objeto de nuestro divertido trabajo ¿necesitarémos decir el nombre de la *beata* y rugidora dueña? *Intelligenti pauca.*

VIII.

Historia de una bula y otros excesos.

Deseos tenemos de concluir, pues que solo el cumplimiento de un deber nos ha sostenido en la ingrata tarea de revolver tanta basura como en el alcázar de la plaza de Oriente se encerraba, á trueque de morirnos de asco.

Si en otras edades, teniendo al menos el crimen el valor de arrostrar la opinion, mostrábanse los criminales con la cara descubierta; hoy que nuestra civilizacion es más perfecta, tambien el crimen ha adelantado, y procura cubrirse con la máscara de la hipocresía. La religion, la virtud, la justicia, la honradez, todas estas son palabras que sirven de elementos para componer la careta bajo la cual se encubre el vicio y el crimen. ¿Y qué es lo que hemos visto en España? España era acaso la sola nacion Europea que no tenía la libertad de cultos, proclamándose el primer pueblo católico; en España se oían á cada paso de boca de los ministros las palabras virtud, orden, honra, moralidad. ¡Caretas, caretas y caretas!

Isabel de Borbon, la mujer de los... ¿mas para qué citar nombres propios que de todos son conocidos? tenia (y tendrá sin duda, si continúa pagando los dos millones de *limosna* que le *costaba*), una célebre bula para faltar á sus deberes conyugales, para romper la fé de esposa que juró ante los altares de Cristo; bula cuya concesion se halla fundada en razones que solo puede encontrar la curia romana, la ciudad Santa, aquella córte, de quien decia Bocaccio, que era el mayor peligro para la religion católica.

El temperamento ardiente, los padecimientos herpéticos hereditarios de Isabel de Borbon, la ineptitud física de su marido para llenar á satisfaccion los deberes conyugales, y otras causas semejantes, son las razones en que se apoya la clerizonteria de Roma, para facultar á aquella señora á que se dedique á los más detestables vicios, faltando á Dios y á la moral, mediante la *limosna* consabida.

Y por si acaso esto no fuera bastante, el llevar sobre su cuerpo camisas que una monja milagrera santificó con su contacto, las absoluciones de frailes complacientes, los regalos de ricos mantos á milagrosas imágenes, los donativos á determinados conventos, cuyas corporaciones dirigian fervientes plegarias al Cristo que murió en la Cruz, en favor de su pródiga protectora, dejaban completamente satisfecha, á la más *santa*, á la más *piadosa*, á la más *generosa* de las reinas.

Por esta y otras causas similares, odiaba tanto la

soberana caída á los *chinchines*, como ella llamaba á los progresistas, pues que honrados y virtuosos no podían consentir tan escandalosas é inmundas escenas, ni proveer á tan ruinosos gastos. Por esta y otras causas similares, rodeábase de hombres, que atentos solo á enriquecerse con el robo, importábales poco el honor del país, como nada les importaba el suyo propio, ni el de la mujer á quien arrastraban al abismo, y á quien todos abandonaron cuando nada la quedó que dar. Por eso, siempre que un hombre honrado, cualquiera que fuese el partido á que perteneciera, subía al poder, solo duraba en él el tiempo necesario para que pudiesen ascender los mismos de siempre, los ciegos consentidores de toda clase de caprichos de su soberana, para hacer su fortuna á la sombra de ella.

Dicen que aun forman parte de su córte en Pau, Claret, Sor Patrocinio, Marfori y otros de su calaña. Dejad que se concluyan á la que ayer tenía por tesoro á España, los tesoros que á España ha robado, y vereis cuán pronto son los primeros en abandonar y combatir á la que los elevó del polvo para darles posición y riquezas.

¡Pueblo, repetimos de nuevo, aprende á conocer á tus enemigos! ¡Si mañana te dejáras dominar otra vez por ellos, solo merecerías el universal desprecio y la cadena del esclavo!

De hoy más, sea nuestro grito unánime. ¡O libres y con honra, ó cadáveres!

alguna claridad sobre muchas cosas que siempre fueron oscuras y muy oscuras para nosotros todos. Demos, pues, cuenta fiel y exacta á nuestros lectores de las discusiones que en ciertos lugares en-

IX.

tre personajes muy conocidos nuestros, para algunos de los que se ha tratado en esta obra.

Una boda improvisada. — Padre de la señora. —

Es un deseo muy natural en todas las buenas madres; el dar honrosa colocacion á sus hijas cuando son llegadas á cierta edad; y decimos que es muy natural ese deseo, porque como, segun la regla general, la que es buena madre, fué antes buena y amante esposa, y en el matrimonio encontró los más intensos, puros y duraderos placeres, debe querer que su hija participe de la vida feliz porque antes ella pasó. ¿Qué de extraño tiene, pues, que la que hoy es objeto de nuestro trabajo, procurase con la mayor solicitud dar un esposo á su hija, cuando el matrimonio fué para ella el *initium* de los más esquisitos (alias crapulosos) goces, á que se entregó con toda la asiduidad posible? ¡Oh madres! vosotras solas sereis capaces de comprender el inmenso regocijo de Isabel, al presenciar el enlace de su dulce pimpollo con el último caballeresco adalid de la dinastía borbónica!

De la discusion nace la luz; y ya que hasta ahora estuvimos á oscuras, preciso se hace que arrojemos

alguna claridad sobre muchas cosas que siempre fueron *negras y muy negras* para nosotros todos. Demos, pues, cuenta fiel y exacta á nuestros lectores de dos discusiones habidas en ciertos lugares entre personajes muy conocidos nuestros, para alumbrar cierta festejada é *iluminada* union.

—Padre mio, vuestra influencia sobre la señora, decae visiblemente: no habeis adelantado un paso en la consecucion de lo que tan impacientemente desean nuestros amigos *de por allá*.

—Razon teneis de sobra en lo que decís, madre; y sin embargo, creed que he empleado para conseguirlo, cuantos medios *de todo género* he hallado á mano. Y ello es necesario que suceda, porque sinó ¿cómo recobraría nuestro siempre amadísimo Paco, lo que villanamente le arrebataron los herejes aquellos de la camisa roja?

—¡Oh! sí, padre mio, trabajemos el asunto, logremos nuestros santos deseos, y pronto los valientes servidores del ama devolverán á aquel pobrete sus perdidos Estados, haciendo reventar de corage á sus infames usurpadores.

Dichas estas palabras, y después de saludarse *carñosamente*, se retiraron nuestros dos interlocutores, sin duda á trabajar en la misteriosa obra, para cuya construcción necesitaban, segun sus frases, el concurso del ama.

Pocos dias después encontramos otra vez en el mismo sitio á los dos anteriores personajes, que con

alegre semblante trasmitíanse sus pensamientos, que á continuacion copiamos:

—¡Sois un prodigio, madre; á nadie sino á vos le hubiera ocurrido tan diabólica y eficaz idea! Lo que es el ama, está dispuesta á casar cuanto ántes á la niña, para deshacerse de una rival que por su edad y sus gracias, es superior á ella. ¿Y á dónde fuisteis á buscar tan robusto y proporcionado mozo? Sin duda le habreis traído de vuestro hermoso país. Es un verdadero tesoro para nosotros, si sabemos explotarlo. ¡Qué robustez y perfeccion de formas, qué finura de modales, qué mirada tan espresiva! ¡Oh, os repito que es un verdadero hallazgo!

A este aluvion de preguntas y exclamaciones contestó con acento melifluo y satisfecho la interpelada:

—¡Alabado sea Dios, padre, que habeis concluido, pues creí que no me dejabais ni aun respirar! Permitted que concluya de esplicarme, y vereis hasta donde llegan mis proyectos. Una vez casados los chicos, nuestro amigo *el de por allá*, cansado ya del mundo, y procurando el mayor beneficio para la familia, dejará *cuanto* tiene para el yerno del ama, y si el hijo de esta muriese (que todos en el mundo somos mortales, segun vos, padre mio, sabeis demasiado), los dos muchachos, que son de los *buenos*, se quedarian dueños *absolutos* de todo, es decir, de aquello y de esto, y como ellos y nosotros, y nosotros y ellos somos todos unos..... ¡ah padre mio, qué vida nos vamos á llevar!

El ruido cercano de unos pasos nos impidió oír el resto de la curiosa conversacion que hemos trasmitido á nuestros lectores.

Pocos dias después, daba cuenta la *Gaceta* de haberse efectuado el enlace del conde de Girgenti con la hija de Isabel de Borbon. El rostro de ésta, resplandeciente de alegría, daba á entender claramente el inmenso júbilo que llenaba el alma de tan buena madre como leal esposa.

Solo nos resta, para concluir, asegurar á los que esto lean, que acabamos de saber que ninguna relacion tenian las conversaciones llegadas á nuestros oídos con el casamiento anunciado por la *Gaceta*.



FIN.

